

REFLEXIONES (UN TANTO ONIRICAS) SOBRE EL ALCOHOLISMO

Por el Dr. Arturo Aldama

He de comenzar por pedir se me disculpe: ofrecí un trabajo sobre el alcoholismo en México y no es este el tema que ahora ofrezco a la atención de ustedes. Como sanitarista, me proponía exponer algunas ideas acerca de la prevención del alcoholismo, fundamentalmente por medio de la educación popular para la salud. Pues bien, hace unas cuantas semanas, cuando estaba reuniendo materiales relacionados con el medio rural mexicano, encontré algunos datos que por su carácter peculiar me impresionaron vivamente y desencadenaron la serie de reflexiones que me permitiré compartir con ustedes.

Esos datos se refieren a las causas de defunción en algunos pueblos de México que desde hace relativamente poco tiempo han entrado en contacto con diversos aspectos del progreso propio de las sociedades industriales. Bien se sabe que en un país subdesarrollado como México las causas principales de defunción son, por supuesto, las propias del subdesarrollo: enfermedades infecciosas y parasitarias, desnutrición; en fin, la patología típica de la pobreza. (Entre paréntesis, por si todavía hay alguien que lo ignore, subdesarrollo es el eufemismo con que se designa a la superexplotación). Continúo.

Decía que, sin embargo, en diversos pueblos adonde ha llegado el progreso en forma de carreteras, televisión y ciertas revistas ilustradas (como los tebeos), el perfil de la mortalidad ha cambiado totalmente y así en muchos lugares, por ejemplo, el pequeño municipio de Jonacatepec (20.000 habitantes) puede verse que la primera causa de defunción es la que registran los accidentes (en su mayoría automovilísticos), la segunda los homicidios y sólo en tercer y cuarto lugares hallamos enteritis y diarreas, por un lado, y neumonías, por el otro, seguidas de cirrosis hepática, que ocupa el quinto lugar.

Un examen somero de ese perfil de mortalidad denuncia inmediatamente la presencia del alcohol, causante de más del 60 % de los accidentes, de más del 50 % de los homicidios y de la casi totalidad de las cirrosis. Es decir, a las causas de defunción habituales en los países subdesarrollados se han agregado las provocadas por el progreso: carreteras por las que pasan automóviles a

menudo conducidos por ebrios que atropellan a peatones también con frecuencia ebrios; carreteras por las que circulan camiones que transportan la droga legal y letal, el alcohol, droga a su vez promovida por la publicidad, especialmente la que utiliza la televisión, el mejor vehículo para difundir la propaganda comercial, cuya eficacia es óptima en los países de población mal alimentada. En efecto, debemos recordar que la desnutrición crónica y sobre todo la iniciada desde la infancia, reduce considerablemente e incluso llega a abolir el sentido crítico: la persona desnutrida, característica de los países latinoamericanos, no recibe el mensaje publicitario como tal, sino como una orden.

Ahora bien, esa fácil penetración de la mentira publicitaria y ese consumo creciente de alcohol son fenómenos que se dan en un terreno fértil: el de la frustración. El alcohólico-problema en México suele ser una persona frustrada por la explotación económica y por la pérdida de su identidad cultural, ambos factores productos directos del imperialismo que domina a mi país, como a muchos otros países.

En relación con lo anterior, un aspecto que al parecer no se ha señalado lo suficiente es la presencia de los traficantes de drogas entre las familias que detentan el poder en los países donde rige el imperialismo. En primer lugar, por ser quizás el caso más notable de hipocresía, está la familia Kennedy, cuya cuantiosa fortuna procede de la venta de bebidas alcohólicas, como es del dominio público. En segundo término, la familia del shah de Irán, algunos de cuyos miembros provocaron hace pocos años gran desconcierto entre las autoridades suizas cuando éstas descubrieron que los nobles personajes transportaban enormes cantidades de opiáceos, principalmente heroína. Un antecedente histórico digno de mención es el muy conocido caso de la familia real de Inglaterra, principal beneficiaria durante largos decenios de la infame Guerra del Opio y sus secuelas. Y como hechos que presenciamos y cuyas consecuencias sufre gran parte de la humanidad está esa notoria asociación de los grandes capitalistas de los Estados Unidos (por ejemplo, el recientemente fallecido Howard Hughes) con esas buenas familias que forman la Mafia, así como la asociación de unos y otras con prometentes figuras del gobierno de dicho país, conforme lo han puesto de manifiesto acontecimientos recientes.

Es decir, la estructura del poder que predomina en el mundo occidental está organizada, entre otras cosas, para difundir las drogas, en primer lugar el alcohol, pero también todas las demás, inclusive las elaboradas por las compañías farmacéuticas de cuyos productos (tan lucrativos como yatrógenos) somos propagandistas más o menos conscientes y más o menos vergonzantes los médicos.

Ya lo señaló anteayer un colega: la estructura del poder da origen a los alcohólicos y luego los reprime; yo agregó que esa misma estructura pretende curarlos haciéndolos víctimas de otras drogas, las más legales de todas, los medicamentos.

No ha sido mera coincidencia que el consumo de alcohol y de todas las demás drogas, inclusive los medicamentos, haya aumentado en grandes proporciones en todo el mundo a partir del año de 1968. Estimo que los actuales amos del mundo, es decir, los grandes empresarios, los gobernantes, los dirigentes de la Mafia, los laboratorios farmacéuticos y otras entidades no menos importantes y nefastas, aislada o conjuntamente adoptaron una posición muy clara frente a los acontecimientos de 1968: los de mayo en Francia, los de julio a octubre en México (que culminaron con la matanza de Tlatelolco), las revueltas estudiantiles en los Estados Unidos y el deseo que en ese momento se esparció por todo el mundo de acabar con las corrompidas estructuras del poder (lo mismo en los países de occidente que en los del este, lo mismo en los países capitalistas y sus súbditos que en los llamados socialistas y sus satélites).

La impugnación de 1968 se manifestó igualmente con los movimientos de liberación de la mujer y se ha expresado en la lucha por la igualdad de derechos y salarios, la libertad sexual, el uso libre de anticonceptivos, la legalización del aborto provocado y otras reivindicaciones. Ese estado de ánimo revolucionario que se difundió entre los jóvenes, hombres y mujeres de todo el mundo, en 1968, hizo temer una verdadera transformación radical en muchas regiones y llevó a los detentadores del poder a iniciar una campaña cuyos resultados vemos ahora: se ha conseguido inducir a grandes sectores de la juventud y a las mujeres a consumir drogas, en primer lugar el alcohol, en mayores cantidades cada vez. Y se ha inducido a todos los sectores sociales en todas las edades a consumir también esas y otras drogas, las elaboradas y distribuidas según supuestas normas éticas por los laboratorios farmacéuticos. El imperialismo, así, alcanza una doble finalidad: difunde drogas para enajenar a las poblaciones y explotarlas mejor y al mismo tiempo y con la misma maniobra gana más dinero.

Estas reflexiones un tanto oníricas me han llevado a concluir, en primer lugar, que el alcoholismo y las demás toxicomanías no tienen primordialmente solución médica, sino económica y social, es decir, política. Segundo, que las toxicomanías, inclusive el alcoholismo, dejarán de ser graves problemas de salud pública cuando el hombre se libere de las actuales estructuras del poder; ya sé que menciono una utopía, pero sólo las utopías podrán salvarnos del aniquilamiento al que nos conduce la organización social bajo la cual vivimos.

En tercer término: los medicamentos, especialmente los psicotrópicos, son drogas a menudo causantes de farmacodependencia, tan nocivas como la heroína o el alcohol y quizás más aún, puesto que se consumen por prescripción médica. Debieran prohibirse totalmente propagandas tan falaces como las que prometen, mediante la ingestión de ciertos comprimidos, calma exterior y paz interior, lo mismo que el arreglo de «desajustes conyugales».

Por último, pero no menos importante, ahora más que nunca debemos unirnos los pueblos de habla española y defender nuestra identidad cultural, gravemente amenazada por la rapiña de las modernas potencias imperialistas.